

TOMAS TIENE CASI ocho

años y está enamorado. Está enamorado de Evelin, su nueva profesora. ¿Se lo contará o es mejor que lo

mantenga un poco más en secreto? De repente sabe lo que tiene que hacer y lo escribe en su cuaderno,



Tomás está enamorado

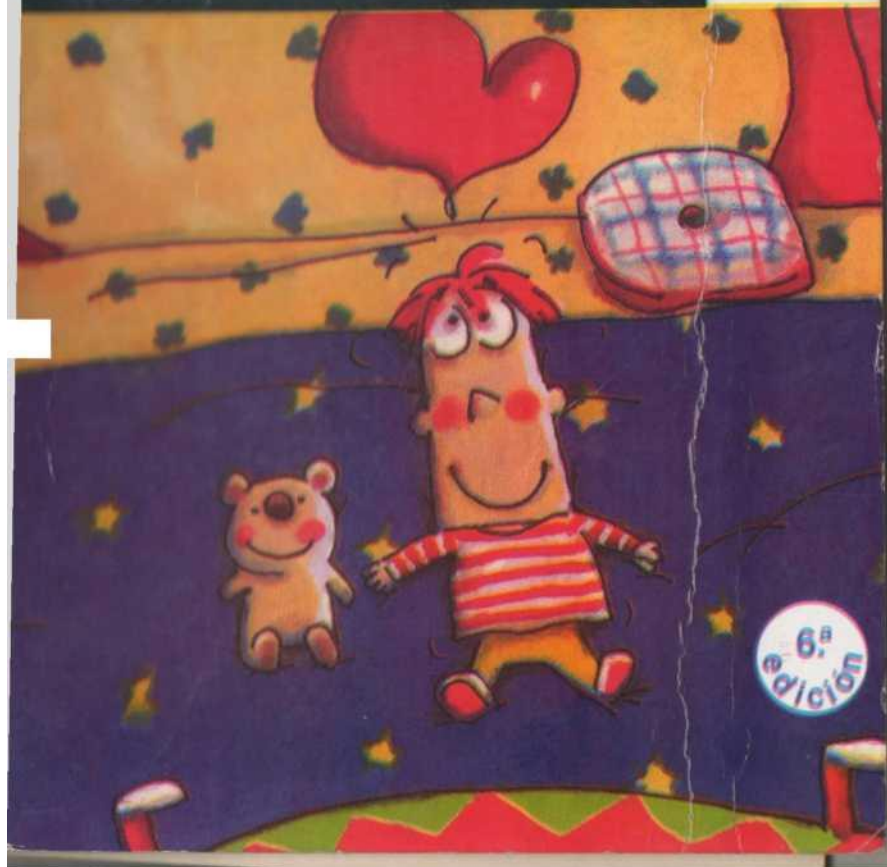


TUCAN

JACQUES VRIENS

76

edebé



Jacques Vriens

Tomás está enamorado

Ilustrador: Gusti

ⁱ
edebé

Título original: *Ik ben op jou.*

© 1992 by Jacques Vriens

First published by Van Goor, Amsterdam 1992

Traducción subvencionada por la *Foundation for the Production and Translation of Dutch Literature.*

© Ed. Cast.: edebé, 1996 Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte.

Diseño de las cubiertas ■ David Cabús.

Ilustraciones: Gusti.

Traducción: Catalina M.^a Ginard Féron.

6.^a edición

ISBN 84-236-4321-2

Depósito Legal: B. 1280-2002

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo *Y* por escrito del editor.

«Qué dulce y tenue eres, cuánta
luz en tus ojos tienes.»

Herman Gorter

índice

1. <i>Namorado</i>	9
2. <i>Ay lob yu</i>	19
3. Ben	29
4. ¡A besarse!	39
5. Hay que fregar los platos ...	51
6. ¡Qué emocionante!.....	63
7. Susana	73
8. La pelea.....	87
9. Las hueveras.....	95
10. Castigado	105

1
Namorado

Tomás se va a casa corriendo tan deprisa como puede. Tiene que contárselo a mamá.

Extiende los brazos y los agita en el aire. «Estoy volando», piensa. «Voy hacia mamá, flotando por encima de todas las casas.»

Tomás tropieza y se pega un tortazo contra la acera. ¡Catapum!

¡Ay! Le duelen las rodillas. Se queda tumbado un momentito. A su lado ve dos zapatos de gruesos tacones. Tomás alza

la vista y se encuentra cara a cara con una señora mayor.

—Pero hijito —le dice ésta levantándolo—, ¿te has hecho daño?

Tomás se frota las rodillas con la mano.

—Es que tienes que atarte los cordones del zapato.

Tomás asiente en silencio y prosigue su camino. Al principio cojea un poco.

—¡Los cordones! —le grita la señora.

Entonces, echa a andar más rápido y vuelve a volar.

Cruza el jardín, entra en la cocina, vuela hacia el salón. Allí, sentada a la mesa, está mamá con la tía Miep.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Estoy *namorado!*

—Pero, ¿qué has hecho? —exclama



mamá—. Tienes un agujero en el pantalón y te sangra la rodilla.

—Da igual.

—No, no da igual. Es tu pantalón nuevo.

—Sí, pero, mamá, es que estoy *na-*
morado.

—Quítate el pantalón, a ver si te limpio esa rodilla.

—Sí, pero mamá...

—Venga, Tomás, tienes la rodilla sucia.

La tía Miep asiente con la cabeza y dice:

—Es por los cordones. Deberías atá-
telos.

—Mamá...

—Tomás, ¡quítate en seguida el pan-
talon!

Tomás suspira y se quita el pantalón.

Su madre va a buscar un cuenco con agua y un paño que luego humedece para limpiarle la rodilla con mucho cuidado.

—Y además, ¿por qué corres tanto?

—Quería llegar deprisa a casa para contarte lo de Evelin. Estoy *namorado* de Evelin.

—Vaya, vaya —dice la tía Miep—, estos crios de hoy en día no pierden el tiempo. ¿Cuántos años tienes ahora, Tomás?

—Siete, casi ocho.

La tía Miep sacude la cabeza.

Mamá se echa a reír y le pregunta:

—¿Quién es Evelin?

—¡Anda! —exclama Tomás asombrado—, ¡como si no lo supieras! La *seño* Evelin, de la escuela.



—¡Oh, la señorita! Bueno. Ahora ve y corre a ponerte otro pantalón. Hay uno limpio en el armario.

—Sí, pero..., es que Evelin es muy guay.
Mamá asiente.

—Es cierto —le dice a la tía Miep—. Es la nueva maestra y es un encanto de mujer.

Tomás está radiante de alegría y dice:

—Y tiene unos ojos muy bonitos y se ríe siempre y tiene el pelo rubio que huele muy bien.

—¿Y cómo sabes tú eso? —pregunta la tía Miep—. ¿Es que le metes la nariz en el pelo?

—Claro —dice Tomás—. Cuando me explica las cuentas, se sienta muy cerca

de mí. Entonces el pelo rubio se le cae un poco junto a la cara. Y me hace cosquillas en la nariz y entonces todo huele a bosque.

—Champú —masculla la tía Miep.

—Venga —dice mamá—, ve a ponerte otro pantalón. No puedes quedarte aquí en calzoncillos.

La tía Miep suelta una risita tonta.

—Imagina que tu *seño* te viera así.

Tomás se la queda mirando con los ojos abiertos de par en par y pregunta:

—¿Te has *namorado* alguna vez, tía?

—Pero bueno —le regaña la tía Miep—, ¿cómo te atreves a preguntarle eso a una anciana como yo?

—¿Es que las tías no se *namoran* nunca?

Mamá lo coge de la mano y lo saca a rastras del salón. En el pasillo le susurra:

—No debes decirle esas cosas a la tía Miep.

—¿Por qué no?

—Ya te lo explicaré más tarde.

—No, ahora.

—Venga, Tomás.

—Pues ella bien que se ríe de mí por lo de la *señor*.

—Hace muchos años, la tía estuvo muy enamorada de un marinero. Pero ahora él ya no está.

—¿Se hundió con su barco durante una tormenta?

—No. Un buen día se fue y nunca más volvió.

—¿Y ahora vive en una isla desierta?

—¡Vale ya, Tomás! No preguntes cosas tan rebuscadas.

—Entonces, ¿dónde está?

—En América. Ya no quería vivir con tu tía.

Tomás asiente en silencio y sube despacito las escaleras. Al principio piensa en la tía Miep. Pero cuando llega arriba, vuelve a pensar otra vez en Evelin.

Empieza a canturrear muy bajito:

—*Seño, seño, seño* Evelin. Estoy *namorado* de la *seño* Evelin.

2

Ay lob yu

Los alumnos han formado un círculo alrededor de la señorita, que les lee en voz alta. Tomás se ha sentado a su lado. Se coloca muy pegadito a ella con el dedo en la boca. El año pasado no le dejaban hacerlo.

—¡No te chupes el dedo! —le gritaba la señorita Clara—. Ya no eres un niño pequeño.

Pero a la *seño* Evelin no le importa.

Tomás cierra los ojos y piensa: «Qué

bien te sientes cuando estás *namorado*. Siempre estás contento y calentito por dentro.»

Cuando la *seño* acaba de leer, se van a hacer cuentas en sus cuadernos.

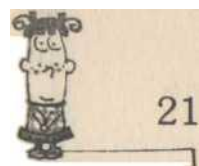
Tomás pone todo su empeño en que le salga una letra bonita. La punta de la lengua asoma por su boca.

Qué orgullosa estará de él la *seño* cuando vea su cuaderno. Seguro que dice: «Tomás, no habías escrito nunca tan bien. ¿Cómo es eso?»

¿Se lo confesará entonces? ¿O es mejor que lo mantenga un poco más en secreto?

De repente oye unas risitas.

Sentados con él, en el grupito, están Erik, Susana y Wendy.



Los tres lo están mirando y los tres han sacado la puntita de la lengua.

—Ten cuidado —le dice Erik—, no vayas a arrancártela de un mordisco.

Tomás se encoge de hombros y sigue escribiendo. Los niños continúan riéndose bajito.

Evelín se acerca al pequeño grupo.

—¿Qué os pasa? —pregunta suavemente.

Se inclina sobre Tomás.

—Esto te está quedando muy bien, Tomás.

Tomás mira con satisfacción a sus compañeros.

La señorita le acaricia el pelo y se dirige al siguiente grupo.

Tomás se queda sentado muy quieteci-

to. Ahora, Erik, Susana y Wendy se han puesto a trabajar de nuevo. Seguro que ellos también quieren ganarse una caricia.

De pronto se le ocurre una idea. En su cuaderno escribe:

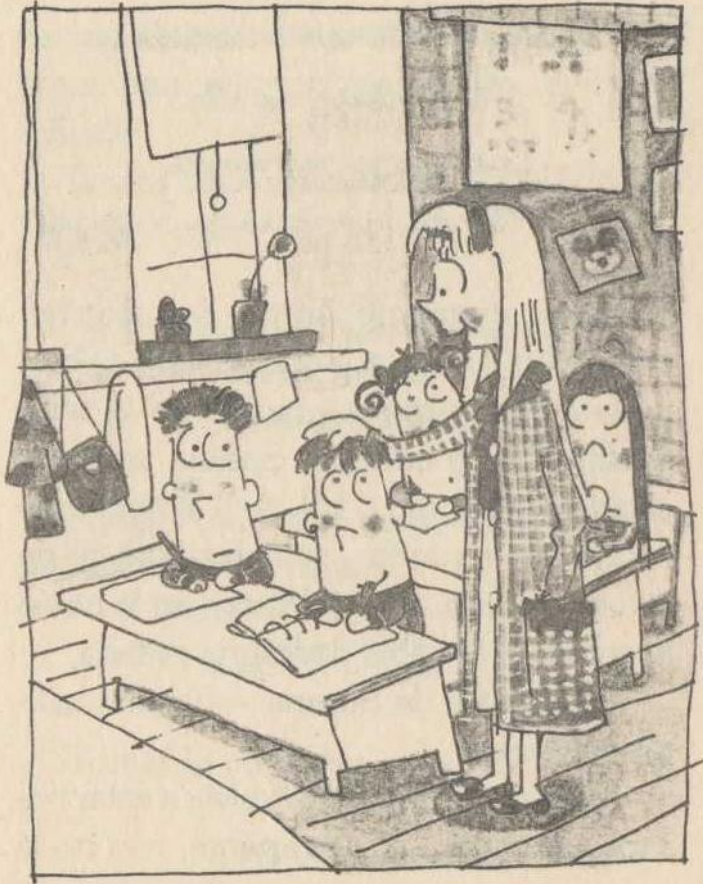
$$3 \text{ oo } 2 = 6 \text{ a}$$

y

$$2 \text{ oo } 4 = 8$$

Después se apresura a taparlo con la punta de su libro. Nadie debe verlo. Es un secreto entre la *señorita* y él.

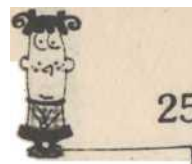
Cuando casi ha terminado con la última serie de cuentas, Wendy le pasa una nota. Está apretujada y tiene forma de bolita.



Por un momento, Tomás se queda hecho un lío. Le parece que Susana es bastante guay, pero no tanto como *la seño* Evelin. El año anterior, Susana ya había estado *namorada* de él. A él le había parecido una tontería y se había burlado de ella en la clase. Luego Wendy se le había acercado y le había dado una patada.

—De parte de Susana —había añadido entonces.

Así que ahora Susana volvía a estar *namorada* de él... Y de repente, eso no le



parece ninguna tontería. Sólo que es una pena, pero ahora no es posible. Ya tiene a Evelin.

Tomás coge un trozo de papel y le escribe a Wendy:

Ya/ rrvrrvxxxclO-de*
oí/bd/ p>e/TA<yrtA/.
Re/rrvlte/. Tcvmó/v.

En seguida Wendy garabatea con grandes letras en un papelito:

óóóDE QUIÉN???

Tomás le contesta:

Después, Wendy y Susana se pasan un buen rato cuchicheando. De vez en cuando, Susana lo mira con cara de asombro.

Tomás puede verlo por el rabillo del ojo, pero hace como si no notara nada.

Durante el recreo, las dos niñas se acercan a Evelin y le dicen muy fuerte, para que Tomás lo oiga:

—Señorita, queremos cambiar de grupo.

—¿Por qué? —pregunta Evelin.

—Tomás ha molestado a Susana —contesta Wendy.

—¿Es cierto eso, Susana?

Susana se pone colorada y responde bajito:

—No lo sé.

—Yo sí que lo sé —grita Wendy—. Tomás es un malo.

—Pero, ¿qué te hace? —pregunta Evelin.

—Es que precisamente no hace nada —chilla Wendy, enfadada.

Susana le tira de la manga a Wendy.

—Quiero salir afuera —le dice.

Evelin no entiende nada de nada y les pregunta:

—Pero queréis cambiar de grupo, ¿sí o no?

Susana niega con la cabeza.

—¡Vaya! —exclama Wendy—. Hace un momento sí que querías.

Susana se da media vuelta y sale corriendo de la clase.

Durante todo este tiempo, Tomás ha

estado observando a las niñas y a la se-
ñorita.

Cuando Susana sale corriendo de la
clase, Tomás piensa: «¿Es posible estar
namorado de dos chicas a la vez?»

3

Ben

Por la tarde, toda la clase se dedica a hacer manualidades.

Tomás fabrica un barco con unas cajitas, unos botes de margarina vacíos y cartón. Después lo pinta de vivos colores.

Cuando suena la campana, Tomás aún no ha acabado.

—Señorita, ¿me deja que lo acabe? — pregunta.

Evelin le dice:

—Claro que sí, Tomás. Será un barco precioso.

Cuando por fin se han marchado todos los niños, él sigue ocupado con su barco.

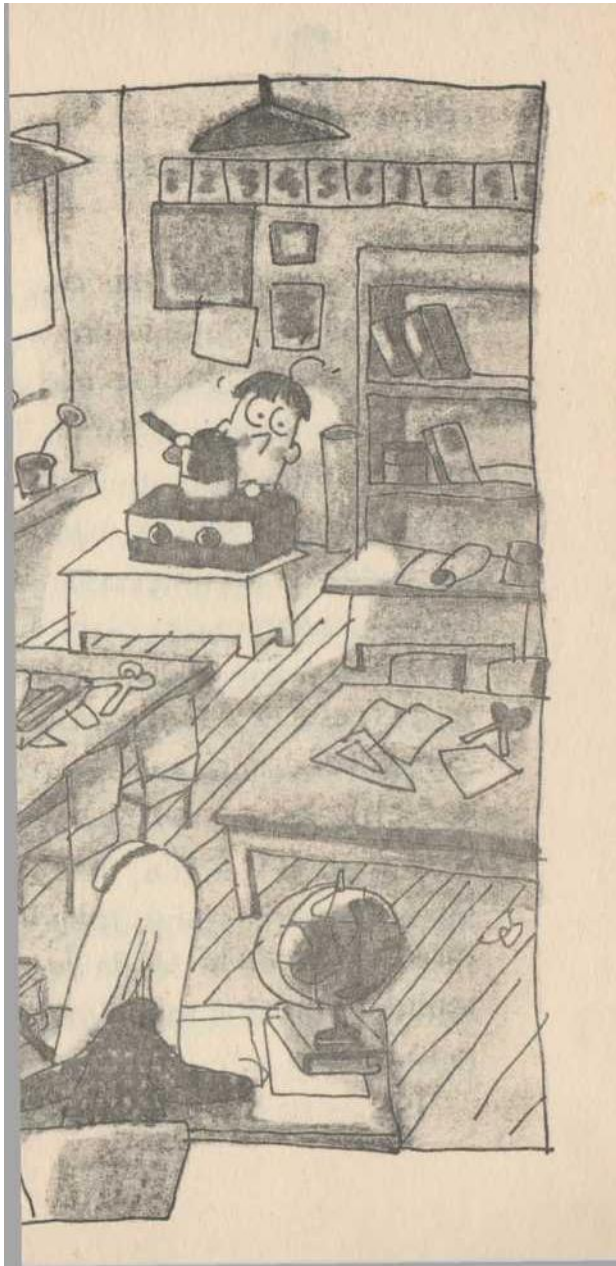
La señorita está sentada a la mesa corrigiendo los cuadernos.

Tomás la observa disimuladamente desde detrás del barco. «¿Habrá llegado ya a su cuaderno de cuentas?» Se estira. No, primero examina los de Lengua.

Tomás sigue con su barco. En la proa del barco pinta el nombre: *Evelin*.

Luego empieza a imaginar:

«Con este barco iremos a una isla desierta. La *seño* Evelin y yo. Nos llevaremos patatas fritas y Coca-Cola, y también una tienda de campaña. Y luego correre-



mos desnudos por las olas, como en la tele. En la isla también hay osos, pero no nos tienen miedo. Les acariciamos la cabeza y les damos patatas. También hay unos bandidos que quieren llevarse a la *seño* Evelin. Huimos a toda prisa y nos escondemos en una cueva secreta. Y entonces hacemos un plan. Cavamos una trampa y dejamos que los bandidos se caigan en ella. Y cuando empieza a oscurecer, encendemos una gran hoguera. La *seño* me lee en voz alta y yo me siento bien pegadito a ella, con el dedo en la boca. Y cuando ya es muy tarde, nos vamos a dormir a la tienda de campaña. Estamos tumbados muy juntitos y huelo su pelo rubio.»

Tomás se sobresalta cuando, de pron-

to, la *seño* Evelin se echa a reír. Luego ésta le dice:

—Muy bonitas estas cuentas que haces, Tomás.

Lo mira radiante de alegría.

«Cuando se ríe así, es como una estufa», piensa Tomás. «Te da calor. Ahora seguro que va y dice que también está *na- morada* de mí.»

De repente se abre la puerta y un señor entra en la clase. Lleva gafas y bigote.

Evelin se levanta de un salto y mira asombrada.

—Ben, querido, ¡qué pronto llegas! — exclama.

Se acerca a él y le da un b.eso.

—Hola, cariñito mío —le dice Ben rodeándola con el brazo.



Entonces ve a Tomás y le pregunta:

—Vaya, jovencito, ¿te has quedado castigado?

Tomás está sentado muy tieso en su silla. Quiere decir algo, pero de su garganta sólo sale algo parecido a un «pip».

La *seño* se le acerca y le coloca la mano sobre el hombro.

—Este es Tomás —dice—. Está acabando su barco. Mira, Ben, mira qué bonito.

Ben se inclina sobre Tomás y se ríe.

—No está nada mal, Tomás. Y además, el barco se llama *Euelin*. Te gusta tu señorita, ¿no?

—Pip —vuelve a decir Tomás.

Ben levanta el barco con cuidado.

—¿Nos damos una vuelta en él? —le

pregunta a Evelin—. ¿Vamos a una isla desierta?

—Y Tomás podría venir con nosotros —dice Evelin—. ¿A qué isla quieres que vayamos, Tomás?

—A una con bandidos —contesta Tomás bajito.

—Así me gusta —dice Ben—, y los haremos picadillo. Porque yo sé kárate y yudo. No tenéis nada que temer.

—¿Has acabado? —le pregunta Evelin.

Tomás asiente en silencio, recoge sus cosas de pintar de la mesa y se dirige a la pila que hay en un rincón de la clase.

—Deja que acabe de corregir estos cuadernos —le pide la señorita a Ben— y en seguida nos iremos.

Ben se sienta a su lado y con la mano le acaricia el cabello rubio.

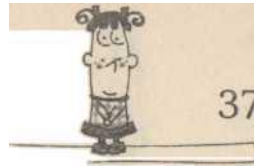
Mientras está limpiando sus cosas, Tomás mira de reojo a la *seño* y a Ben.

«Qué tonto es ese Ben», piensa Tomás. «Se hace el chulo hablándole a Evelin de kárate y yudo. Como si la *seño* no fuera capaz de defenderse por sí sola de los bandidos.»

El plan de montar una trampa era mucho mejor. Lo habían pensado juntos la *seño* y él. A Ben no lo necesitamos para nada.

Y ahora encima se están besuqueando.

Tomás está enfadado: arroja con fuerza los pinceles en la pila y deja correr el agua a chorro.



Ben y la *seño* ni siquiera se dan cuenta de que está enfadado.

Ella examina los cuadernos y él le manosea el cabello.

En cuanto ha acabado, Tomás coge su mochila.

—¿Te llevas el barco a casa? —le pregunta Evelin—. ¿O prefieres dejarlo para que se seque?

Tomás agarra el barco por la chimenea y sale de la clase.

—Adiós, muchachote —grita Ben.

—Adiós, Tomás, hasta mañana —grita Evelin.

Tomás masculla «adiós» y cierra la puerta de un portazo.

Una vez fuera, se detiene un momento para mirar a través de la venta

na. Ya vuelven a estar besuqueándose.

Delante de la escuela tira el barco al suelo y lo pisotea. Después, con una gran curva lo lanza a los matorrales. Luego echa a correr hacia casa.

Las lágrimas corren por sus mejillas.

4

¡A besarse!

Nada más llegar a casa, Tomás le dice a su madre:

—La señorita Evelin es una cursi.

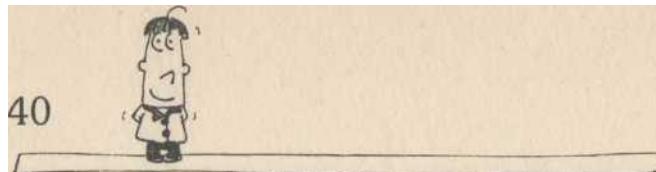
Su madre se ríe y le pregunta:

—¿Ya se ha acabado el enamoramiento?

—Y Ben es un fanfarrón —añade Tomás.

—¿Quién es Ben?

—El bigotudo que no deja de acariciar a la *seño* y de decirle «cariñito» y de ha-



cerse el chulo. Sólo porque sabe kárate.

Mamá no entiende nada de nada.

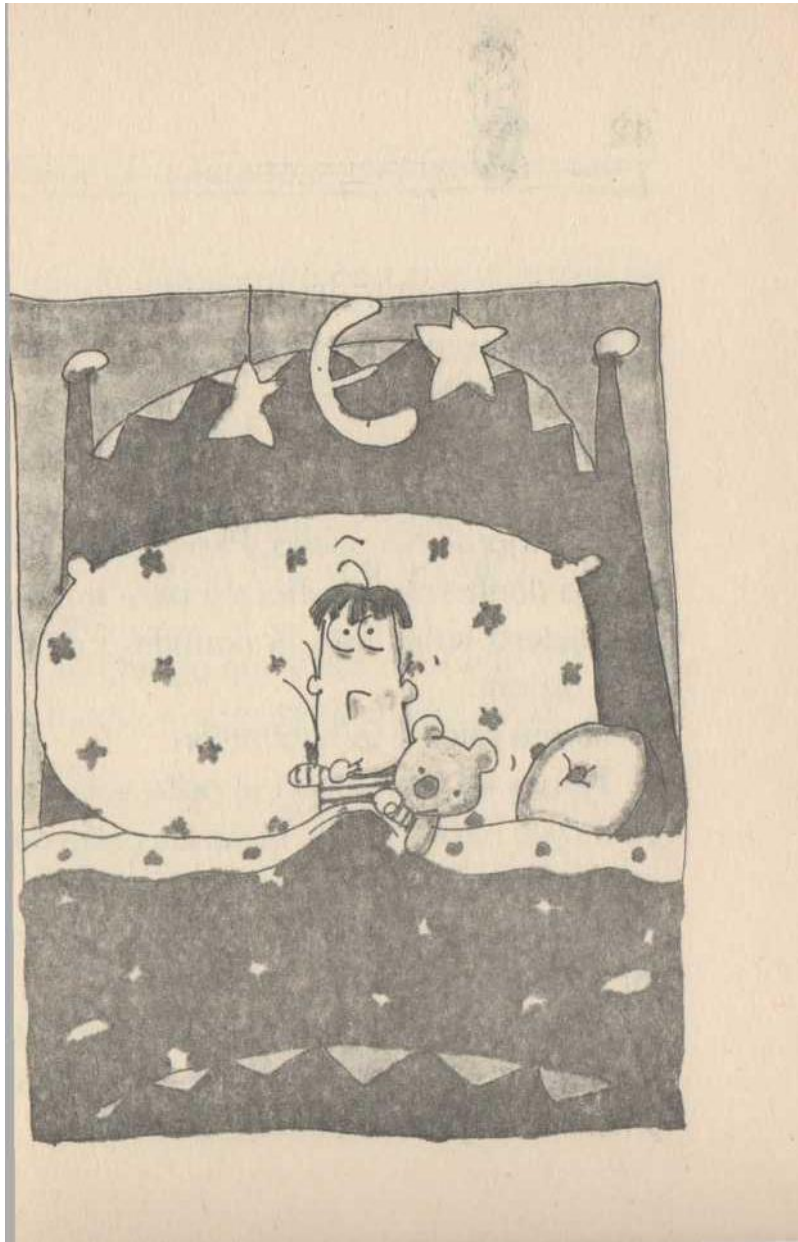
—Pero, ¿qué estás diciendo, Tomás?

Tomás suspira. No tiene ganas de explicárselo y se va al piso de arriba. En su cuarto aprieta su osito muy fuerte en sus brazos y se mete el dedo en la boca. Se queda sentado así.

Un poco más tarde entra mamá. Sostiene una taza de té que bebe a sorbitos.

—¡Eh, Tomás! —exclama—, ¿no decías que estabas enamorado? Pues entonces ya eres demasiado mayor para estar así, con el oso y chupándote el dedo.

Lentamente, Tomás se saca el dedo de la boca.



—Estoy *namorado* de mi osito.

Mamá sacude la cabeza.

—Qué chico tan raro —murmura.

—Mami, ¿me lees un cuento? —le pide Tomás.

—¿Ahora? No puedo. Papá llegará del banco dentro de una hora y para entonces quiero tener lista la comida. Lee tú solo un rato.

Mamá sale de la habitación.

Tomás se tumba con el osito sobre la cama y le hace mimos. Pone las patas del osito alrededor de su cuello y susurra:

—Hola, osito mío. Qué gustito da estar *namorado*.

Luego piensa en Susana. «Se parece un poco a mi osito. Ella también es morena y tiene los ojos oscuros como el osito.»

Sólo que el osito no tiene una melena negra.

—Iré a verla —decide—. Quiero estar *namorado* de ella.

Arroja el oso en un rincón de la habitación y se abalanza escaleras abajo.

—¡Mamá! Me voy un rato a jugar afuera.

—Quiero que estés de vuelta a las seis y media —le grita su madre desde la cocina.

Tomás no la oye. Ha cerrado la puerta detrás de sí y sale corriendo a la calle.

Susana vive en la plaza, junto al banco de arena.

Tomás se dirige corriendo a su casa y llama al timbre. Le abre la madre de Su

sana. Tomás se la queda mirando sin decir nada.

—Hola —le dice amablemente la madre.

Susana se parece muchísimo a su madre. Tomás no ha visto nunca una madre tan dulce como ésta.

—¿Qué quieres? —le pregunta.

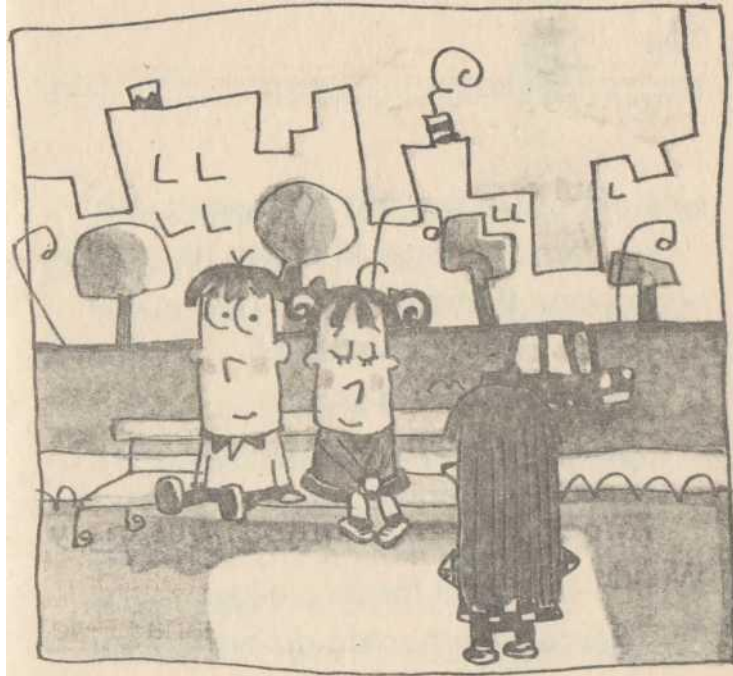
—Estooo..., estooo..., ¿deja que Susana salga afuera para jugar conmigo?

—Espera un momento que la llame.

Se da la vuelta y desaparece detrás de una puerta.

Tomás se sienta en la acera y reflexiona.

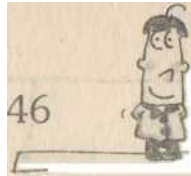
«Me estoy *namorando* demasiado. Ahora también de las madres. ¿Siempre es así? No, mejor me decido por una de ellas.»



Detrás de él, en el pasillo, oye risas. Allí están Susana y Wendy.

—Hola —exclama Wendy—. ¡Así que al final has venido!

«¡Qué faena!», piensa Tomás. «Ya



está aquí otra vez esa bocazas.»

—¿Vamos a jugar al banco de arena? — propone Wendy.

Tomás asiente en silencio.

Los tres cruzan la plaza.

—Vosotros tenéis que sentaros juntos — les ordena Wendy.

Tomás se sienta junto a Susana y Wendy se coloca frente a ellos.

—¿Estás enamorado de Susana? —le pregunta severamente Wendy.

Tomás asiente en silencio.

—¡Entonces tenéis que besaros! Tomás mira a Susana por el rabillo del ojo. Ella tiene la cabeza agachada y mantiene la mirada fija en la arena.

—¿A qué esperáis? —se impacienta Wendy.

Tomás piensa: «Qué pesada, es una metomentodo.»

Wendy da una palmada con las manos y chilla:

—¡Que os beséis!

Tomás sacude la cabeza y responde:

—Delante de ti no.

Susana lo mira agradecida.

«Qué maja es», piensa Tomás.

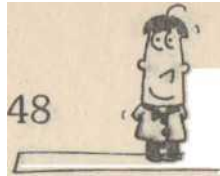
Wendy se cruza de brazos y pregunta:

—¿Qué quieres ser de mayor?

—Marinero —dice Tomás.

—¡Venga ya! ¿Y qué más? —exclama Wendy, enfadada—. Seguro que estarás todo el tiempo en el mar y Susana tendrá que quedarse en casa y ocuparse de los niños y preparar la comida.

—Bueno, ¿y qué? Mi madre también



lo hace. Mi padre se pasa todo el día fuera de casa.

—Así que tu padre es de esos —dice Wendy; se sienta junto a Susana y la rodea con un brazo—. Yo que tú no me liaría con este chico.

Tomás lo oye y le pregunta:

—¿Y tu padre qué, Wendy?

—Vive en otro sitio. No quería fregar nunca los platos y entonces mi madre dejó de estar enamorada de él.

—¿Están divorciados?

—Algo así. Susana, ¿te vienes conmigo adentro?

Las niñas se levantan y regresan a la casa de Susana.

Tomás se las queda mirando, asombrado, mientras se alejan. Justo antes de

entrar, Susana se gira un momento y lo saluda con la mano.

«¿Ves? Ella tampoco le hace caso a esa tonta», piensa Tomás. «Mañana iré a verla, cuando esté sola. Entonces le diré que puede venirse conmigo en mi barco cuando sea marinero. Y tampoco hace falta que friegue los platos: los tiraremos todos al océano.»

De camino a casa Tomás va dando brincos y cantando:

—Susana, Susana, Susana, estoy *namorado* de Susana y se parece a mi osito.

5

Hay que fregar los platos

En casa, papá y mamá ya están sentados a la mesa.

—Llegas demasiado tarde —le regaña su madre—. ¿Dónde te habías metido? — Estaba en casa de Susana.

—¡Ah! —exclama su padre—. Una nueva estrella en el firmamento.

Tomás asiente en silencio.

Su madre suelta una risita.

—Ya he perdido la cuenta —dice—. Primero la señorita Evelin...



—Ésa es una cursi —responde Tomás.

—Tranquilo, que no será para tanto —le dice su padre.

«Bueno, pues ya no les contaré nada más. De todas formas no lo entienden...», piensa Tomás.

Va vaciando su plato en silencio. Su padre y su madre hablan del banco.

—¿Había mucho trabajo hoy? —pregunta su madre.

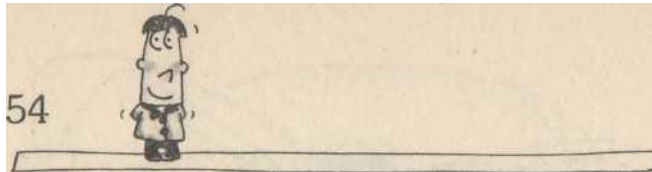
—Sí, no veas —dice su padre—. He concedido unos cuantos créditos importantes y las negociaciones con la constructora sobre los cincuenta millones han salido bien.

«Qué aburrido», piensa Tomás. «Papá no hace más que hablar de dinero. Ojalá fuese marinero o mago. ¿De qué sirve

un padre que trabaja en un banco?»

Cuando acaban de comer, su padre coge el periódico y va a sentarse en el sillón.

Tomás se lleva los platos y los cubiertos a la cocina.



Su madre empieza a fregar los platos.

Tomás vuelve a sentarse a la mesa y se queda mirando el periódico detrás del cual está sentado su padre. Al cabo de un rato le pregunta:

—¿Papi?

—Hummmm...

—¿Tú nunca friegas los platos?

—Calla, Tomás, que estoy leyendo.

Tomás espera un poco.

—¿Papi?

—Hummmm...

—Los padres de Wendy se han divorciado.

—¿Ah sí? Qué lástima.

—¿Sabes por qué?

—No..., pero ahora cállate un poco, ¿quieres?

—El padre de Wendy nunca quería fregar los platos.

El periódico empieza a descender lentamente.

—¿Qué quieres decir con eso, Tomás?

—Tú tampoco friegas nunca los platos.

Papá dobla el periódico, enfadado.

—Tomás, ahora escúchame con atención. He trabajado muy duro todo el día y ahora no tengo por qué fregar los platos. Además, tú tampoco los friegas, ¿no?

—Pero yo quito la mesa algunas veces y tú nunca haces nada.

Papá se levanta de un salto del sillón y exclama:

—¡Pero bueno! Mieke, ¿has oído esto?

Mamá está parada en la puerta de la cocina.

—Sí —dice—. Tomás tiene algo de razón, creo yo.

—¿Cómo que tiene razón? Yo he estado trabajando todo el día en el banco.

—Y yo he trabajado en casa. He ido a comprar, he hecho las camas, he limpiado el baño y he tendido la colada.

Papá está de pie en medio del salón y agita los brazos en el aire.

—¡Ahora empiezas tú también! —grita aún más enfadado.

—Si me ayudaras un poco —dice mamá bajito—, yo también podría sentarme antes.

—Pero si ya hemos hablado de eso —grita papá—. No entiendo por qué se mete es

te niño. ¿Desde cuándo se ocupa Tomás de cómo llevar la casa? Seguro que es por ese enamoramiento infantil con su maestra.

Ahora es Tomás el que se enfada.

—No es un *namoramiento* infantil.

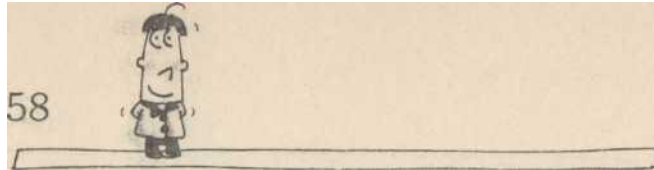
Hace volcar la silla detrás de él y se va corriendo a su cuarto.

«Mi osito, ¿dónde está mi osito?», piensa.

Lo encuentra en un rincón de la habitación y se tumba con él sobre la cama. Oye a sus padres pelearse en el piso de abajo.

Después de un rato, alguien sube ruidosamente por la escalera. Es papá.

Tomás salta rápido de la cama y cierra la puerta con llave. Pero papá pasa de largo y entra en su estudio. La puerta se cierra de un portazo. Durante un buen



rato no se oye nada, hasta que mamá sube por la escalera. Quiere entrar.

—Tomás —dice bajito—, soy yo. Abre la puerta.

Tomás gira la llave y vuelve a tumbarse en la cama.

Mamá se sienta a su lado.

—¿Os vais a divorciar? —le pregunta Tomás.

Ella se echa a reír.

—No, claro que no. Ya sabes cómo es papá. Cuando está cansado, se enfada en seguida.

—Pero tú también estás cansada. Tú misma lo has dicho, que él también tenía que ayudar.

Mamá asiente en silencio.

—¿Sabes, Tomás? Papá es muy bue-

no, pero es un poco anticuado en esas cosas. En realidad cree que las madres deben ocuparse de las cosas de la casa. Y que los padres deben ganar dinero.

—¿Y que por eso no tienen que fregar nunca los platos?

Mamá le acaricia el pelo y le dice:

—Ya aprenderá a hacerlo.

Tomás reflexiona un buen rato y luego pregunta:

—¿Cuánto tiempo hace que estáis casados?

—Casi once años. ¿Por qué?

—Pues ya puede darse prisa en aprender a fregar los platos.

De pronto ve que hay lágrimas en los ojos de mamá.

—¿Por qué lloras?

—No es nada, tesoro, no es nada.

Mamá se seca las lágrimas deprisa y lo abraza. Así se quedan un buen rato, sentados muy juntitos. Cuando mamá lo suelta, Tomás dice:

—También estoy *namorado* de ti.

—¿De veras?

Tomás le dice que sí moviendo la cabeza con energía.

—Así me gusta —dice mamá—. Entonces yo también estoy enamorada de ti.

Tomás está radiante de alegría y pregunta:

—¿Tú también te sientes tan contenta y tan calentita por dentro?

—¡Ya lo creo! —contesta mamá.

—Entonces, vale —dice Tomás—. ¿Ahora vamos a mirar la tele?

—Ve tú primero. Yo tengo que acabar de fregar los platos.

Tomás se levanta de un salto y baja corriendo por las escaleras, mientras canta: — Estoy *namorado* de mamá y mamá está *namorada* de mí.

6

¡Qué emocionante!

A l día siguiente, cuando Tomás entra en la clase, está totalmente seguro: ¡está *namorado* de Susana!

Ayer por la noche, en la cama, pensó mucho rato sobre eso. Primero se acordó de la *señorita* Evelin y se puso muy triste. En realidad aún estaba un poco enamorado de ella. Pero no había nada que hacer, ella ya tenía al tonto de Ben.

Después pensó en su madre, en el osito y en la madre de Susana. Pero los osi-

tos y las madres no cuentan de verdad. Uno puede enamorarse de ellos sin hacerse un lío.

Entonces lo supo con toda seguridad: Susana era su amor.

Por la mañana, al despertarse, tenía una penita en el cuerpo. En seguida se acordó de Evelin.

Pero en cuanto se puso debajo de la ducha, se esfumó la pena. Sobre todo porque se puso a cantar muy fuerte:

—Estoy *namorado* de Susana, que se parece a mi osito.

En la clase, la mayoría de los niños ya están colocados en círculo.

La silla entre Susana y Wendy aún está vacía. Wendy le saluda con la mano y grita:

—¡Aquí, Tomás! Te hemos reservado una silla.

Tomás se dirige hacia la silla dando grandes pasos.

«Muy bien», piensa. «No me sentaré al lado de la *señorita*. Le está bien empleado.»

Entonces ve que Erik está sentado junto a la señorita.

—No me importa —dice bajito.

—¿Qué pasa? —pregunta Wendy.

Tomás hace como si no la oyera. Se vuelve hacia Susana y susurra:

—Qué madre tan maja tienes.

—¿Qué dice? —pregunta Wendy.

Tomás suspira. Cómo puede uno estar enamorado, si Wendy no para de interrumpir con su cotorreo.

Susana baja la vista y se pone colo



rada. Wendy lo ve y grita:

—¿Qué te ha dicho Tomás? ¿Qué te ha dicho?

Tomás le suelta:

—¿Sabes lo que he dicho? Que pareces una cotorra. Te pasas todo el día cotorreando.

Wendy se levanta indignada.

—Venga, Susana, vamos a sentarnos a otro sitio.

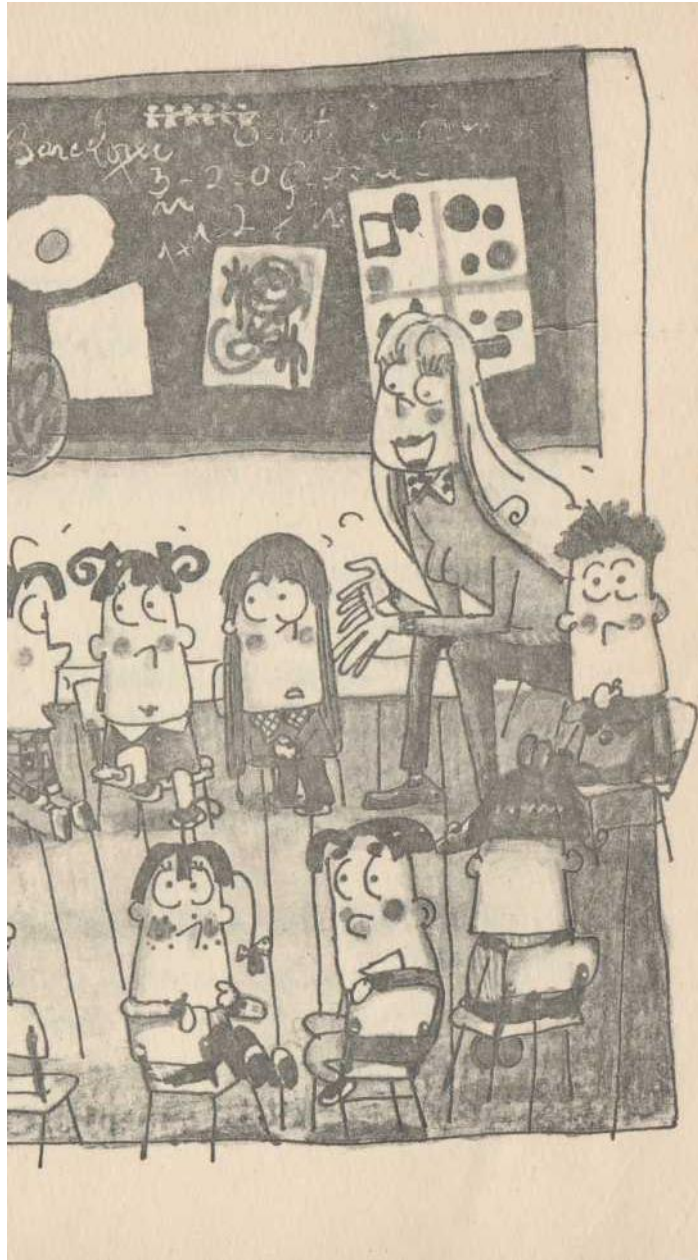
Susana mira a Tomás y luego a Wendy. No sabe qué hacer.

Pero por suerte, la señorita da una palmada con las manos y dice:

—Sentaros todos. Vamos a empezar.

Wendy se deja caer en su silla con un «plaf» y sisea:

—¡Malo!



Ahora la señorita les pregunta algo a unos niños. Quiere saber cómo está el conejo enfermo de Boris, y si Peter ya ha encontrado a su gato. Quiere saber también si en casa de Bas ya ha nacido el bebé.

Entonces le toca el turno a Tomás y le pregunta:

—¿Qué dijeron tus padres del barco?

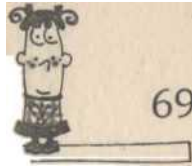
Tomás se sobresalta. No se atreve a mirar a Evelin.

—¿Y bien? Seguro que les pareció precioso.

—Estooo..., sí... —balbucea Tomás—. Muy bonito.

Después, los niños que lo desean pueden contar algo.

Tomás sólo escucha a medias. Obser-



va disimuladamente a la señorita y a Erik, que ahora está sentado pegadito a ella y se chupa el dedo.

«Bah», piensa Tomás. Claro, como Erik no sabe que ya está *namorada* del bigotudo.

Cuando Wendy cuenta que esa tarde se va a ir al centro para comprar zapatos nuevos, Tomás da un respingo.

—¿Con quién vas? —pregunta Evelin.

—Con mi madre y mi hermano pequeño.

«Hoy es miércoles por la tarde», recuerda de pronto Tomás. «La cotorra no estará en casa de Susana en toda la tarde.»

—A lo mejor también compramos un abrigo nuevo —sigue cotorreando

Wendy—. Y luego iremos a beber algo y a lo mejor comemos helado y...

Tomás ya no escucha más. Le da flo- jito con el codo a Susana y le susurra:

—¿Me dejas ir a jugar contigo a tu casa esta tarde?

Susana vuelve a ponerse colorada, pero dice que sí con la cabeza.

Tomás señala a Wendy, que sigue cor- torreando y no se da cuenta de nada. Luego se coloca un dedo sobre los labios. Susana lo comprende.

El resto de la mañana, Tomás apenas puede trabajar. Incluso Evelin se da cuenta.

—Tomás, la verdad es que estás ha- ciendo un desastre —le dice—. Con lo bien que escribías ayer...

—Es que hoy no me sale, señorita.

—Bueno, pero sigue probando —le contesta Evelin, pasándole la mano por los cabellos.

«Vete, vete a acariciar a tu bigotudo», piensa Tomás.

La mañana pasa lentamente. De vez en cuando Tomás mira a Susana, pero en seguida la cotorra se lo queda mirando, enfadada.

Tomás le saca la lengua y se siente muy contento. Si la cotorra supiera...

¡Qué emocionante es estar *namoradol*

7

Susana

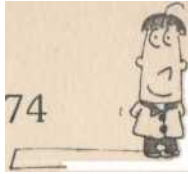
Esa tarde, todo amenaza con salir mal. De pronto su madre también quiere ir al centro para comprarle un pantalón nuevo.

—No puedo —dice Tomás—. Voy a jugar a casa de Susana.

—Entonces dile que no irás. He quedado con Agnes para que nos lleve en coche. Esta tarde también quiere ir al centro, así que nos viene muy bien.

—¡Oh, no! —gime Tomás.

Agnes es una amiga de mamá y es bas-



tante simpática. Pero lo malo es que es la madre de Wendy. Tomás no comprende que una madre tan simpática pueda tener una hija tan tonta.

En lugar de poder ir a jugar con Susana esa tarde, tiene que ir con la cotorra al centro. ¿Pero es que mamá no sabe que está enamorado?

A veces parece que las madres inventen ocurrencias raras adrede.

—Yo no voy —dice Tomás.

—Venga, Tomás, que ya he quedado.

—Yo también.

—Tendrás que venir de todas formas.

—Mamá, es que estoy *namorado*.

Su madre suspira y dice:

—Me alegro mucho por ti, Tomás. Pero esta tarde me iba bien salir de compras.

—Puedes ir tú sola a comprarme el pantalón —le propone Tomás.

—Y luego pasa como la vez anterior. Que no queñas ponértelo porque no te gustaba el color.

—Te prometo que me pondré lo que me compres —dice Tomás.

Suena casi solemne.

Su madre se echa a reír.

—Bueno, pues quedamos así. No olvidaré lo que me has prometido, Tomás.

Tomás asiente con la cabeza. Está dispuesto a prometer cualquier cosa con tal de no tener que acompañarla.

Media hora más tarde está de camino a casa de Susana. Corre tanto como puede.

Justo antes de llegar a la plaza, se de-



tiene jadeando. Siente que el corazón le late con fuerza.

Lentamente cruza la plaza y llama al timbre.

—Hola, Tomás.

De repente se siente muy tranquilo.

—Hola, Susana.

La madre de Susana está sentada en el sofá del salón.

«Como una actriz de cine», piensa Tomás.

—Nos vamos arriba, a jugar —le dice

Susana a su madre, y se lleva a Tomás.

De pronto ya no es tan tímida. Le enseña su cuarto y le cuenta un montón de cosas.

Susana debe de tener veinte muñecas y ositos, y tiene una estantería llena de libros. Habla sin parar.

—Esta muñeca se llama Loles y éste es mi osito preferido. Se llama Fran. Y aquí, en la estantería, están mis hueveras, las estoy coleccionando.

A Tomás se le saltan los ojos. Todo el cuarto está lleno de cosas: botellitas, piedras y animalitos pequeños.

Lo que más le gusta son las hueveras.

—Debo de tener dieciocho —le dice Susana.

—En casa no tenemos tantas —le contesta Tomás—. Tenemos unas seis y todas llevan dibujadas florecitas. Son muy antiguas. Antes eran de mi abuela.

Luego Susana le deja mirar en su álbum de fotos. Están sentados los dos sobre la cama, y Susana le cuenta cosas sobre las fotos. Tomás se ha sentado muy

pegadito a ella y no se da cuenta de que se está chupando el dedo.

Cuando Susana lo ve, se echa a reír bajito.

Tomás se saca rápidamente el dedo de la boca.

Susana sigue hojeando el álbum.

Al ver una foto en la que aparece con Wendy, le pregunta:

—A ti no te gusta Wendy, ¿verdad?

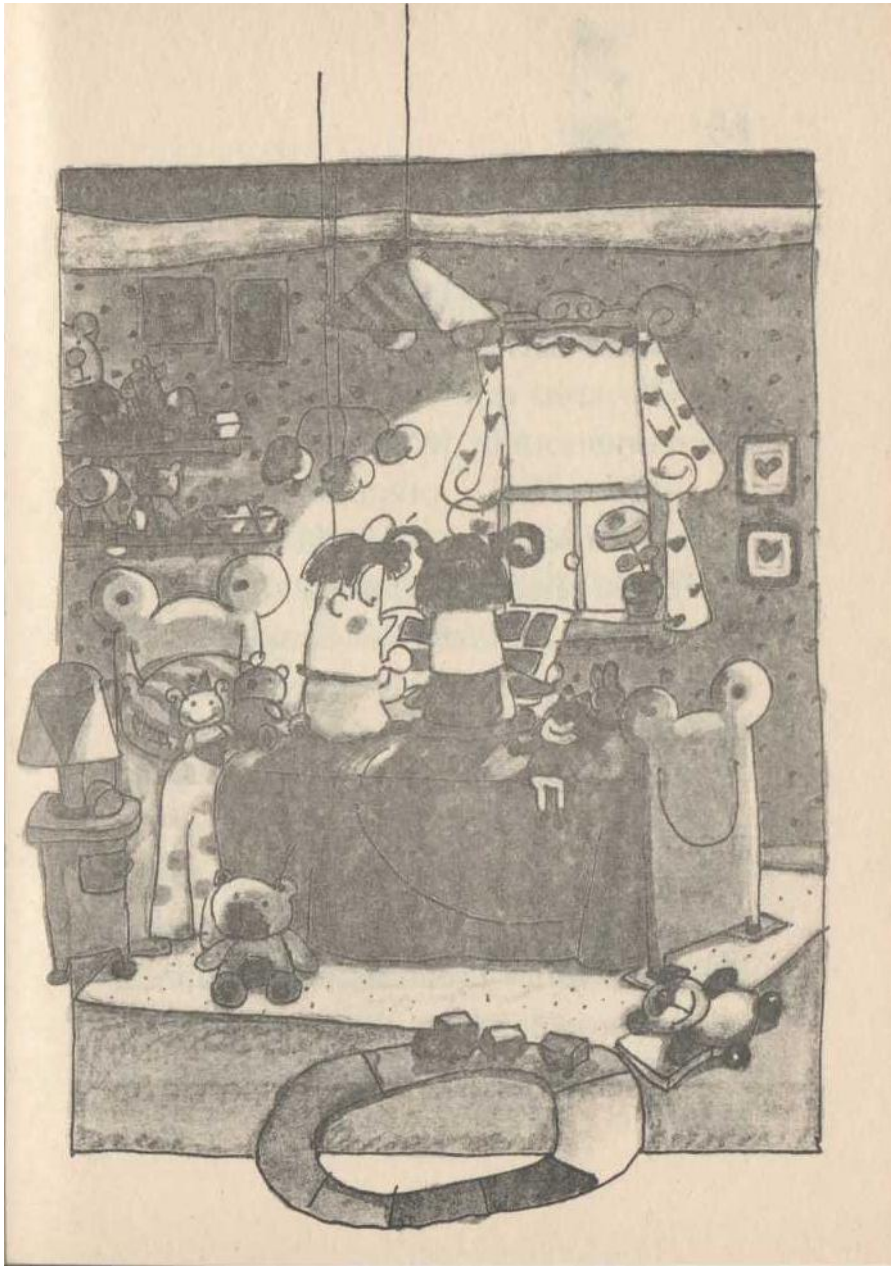
—No lo sé, esto...

—Di la verdad.

—En realidad no, no. Es una metomentodo.

Susana asiente con la cabeza.

—¿Sabes? Cuando estoy sola con ella, es muy simpática; pero cuando hay otros niños, se pone pesada.



—¡Y que lo digas! —exclama Tomás.

Susana cierra el álbum y dice:

—Yo creo que ella también está un poco enamorada de ti.

—¿También? —pregunta Tomás.

Susana se pone colorada.

Tomás añade rápidamente:

—Ahora no eres nada tímida.

Susana se levanta y vuelve a colocar las fotos en la estantería.

—¿Qué quieres ser de mayor? —le pregunta Tomás.

—Marinera.

—¡Vale! —exclama Tomás entusiasmado—. ¿De veras? Entonces te dejo venir conmigo. Pero a lo mejor quiero ser mago.

—También es divertido —responde Susana.



—Entonces actuaremos juntos en la tele —dice Tomás—. Y te cortaré por la mitad.

Susana se asusta.

—¿Qué?

—Pues que tú estarás tumbada en una caja y yo te cortaré por la mitad con una sierra. No es en serio, claro. Es un truco.

Susana se encoge de hombros y dice:

—No estoy segura de querer hacerlo.

En ese momento llaman a la puerta y entra la madre de Susana con algo de beber.

—Tomás quiere ser mago —le dice Susana.

—¿Sí? Me parece muy emocionante —dice su madre.

—O marinero —dice Tomás—. Aún no lo sé seguro.

—Entonces yo seré marinera —añade Susana.

La madre se echa a reír y le pregunta:

—¿Pero no querías ser maestra?

—Pues también puede serlo —dice Tomás—, Yo seré capitán en un barco muy grande, que estará de viaje durante mucho tiempo. Y a bordo habrá muchos niños y Susana será maestra en el mar.

Cuando la madre de Susana se ha ido, juegan a la escuela en el mar. Los ositos y las muñecas son los niños, y Susana es la maestra. Tomás es el capitán que viene a verlos un rato.

—Qué, señorita, ¿se aplican estos niños?

—Sí, capitán, ya han aprendido a hacer muchas cuentas.

—Bueno, entonces ya pueden acompañarme a la isla desierta.

—Dentro de un rato, porque primero tienen que acabar las cuentas.

Tomás encuentra que tarda muchísimo. Mientras tanto mira a Susana, que está muy ocupada explicando las cuentas.

«Es una maestra muy dura», piensa.

Por fin llega el momento.

Cogen a las muñecas y a los ositos en brazos y avanzan sigilosamente por la isla desierta. De repente, Tomás grita:

—Cuidado, un monstruo peligroso. Rápido, al bote salvavidas.

Salta sobre la cama y Susana se sienta a su lado.

Se alejan de la isla remando tan rápido como pueden.

—Ahora quiero jugar a otra cosa —dice Susana—. ¿Sabes jugar a las damas?

En realidad Tomás no tiene muchas ganas. Jugar a damas le parece aburrido, pero no lo dice.

Cuando ya han empezado a jugar, le parece bastante divertido. Sobre todo porque, de vez en cuando, Susana le sonrío muy dulcemente.

Después de la tercera partida, la madre de Susana viene a decirles que son casi las seis.

Susana lo acompaña hasta la puerta.

—¿Vendrías a jugar otro día? —le pregunta.

Tomás asiente con fervor.

De pronto le da un beso en la mejilla.

—Adiós, Tomás.

—Adiós, Susana.

Le despide agitando la mano sin parar hasta que dobla la esquina de la pequeña plaza.

Tomás se queda parado un momento.

Luego extiende los brazos y vuela hacia casa.

8 La pelea

En casa, sus padres están peleados.

Al principio, Tomás no se da cuenta.

Su madre está en la cocina y su padre está

sentado detrás del periódico.

Tomás les da un beso a los dos.

—Te he comprado un pantalón muy bonito y un jersey —le dice mamá.

De una gran bolsa sale un pantalón verde y un jersey a rayas.

—Pero esto es ropa de niña —dice

A Agnes y a Wendy también les ha gustado.

Encima eso. ¡Wendy se ha entrometido!

—¡Pues no me lo pondré!

—Tomás, eso no es lo que habíamos acordado. Esta tarde me prometiste que no protestarías.

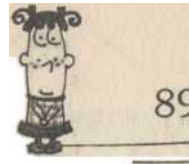
Su padre baja el periódico y dice:

—¿Lo ves? Ya te lo dije, Mieke, tendrías que haberte llevado al chico contigo al centro.

Mamá tira la ropa al suelo y grita:

—Y ahora sólo faltaba que te metieras tú también. Tú, que nunca te preocupas del chico. Soy yo la que tiene que arreglarlo todo en casa. ¡Nunca haces nada! Así que cállate, ¿vale?

c



Con un gesto violento, papá apretuja el periódico.

—Mieke, no empieces ahora. Hace un momento, antes de que Tomás llegara a casa, hemos hablado largo y tendido del tema.

Su madre se da la vuelta y entra en la cocina. Su padre se esfuerza en desliar el periódico y alisarlo.

Tomás mira la ropa, la recoge y la coloca sobre una silla.

—Me la pondré —dice bajito.

Cuando se sientan a la mesa, todos permanecen en silencio.

Después de la cena, su padre se va al piso de arriba.

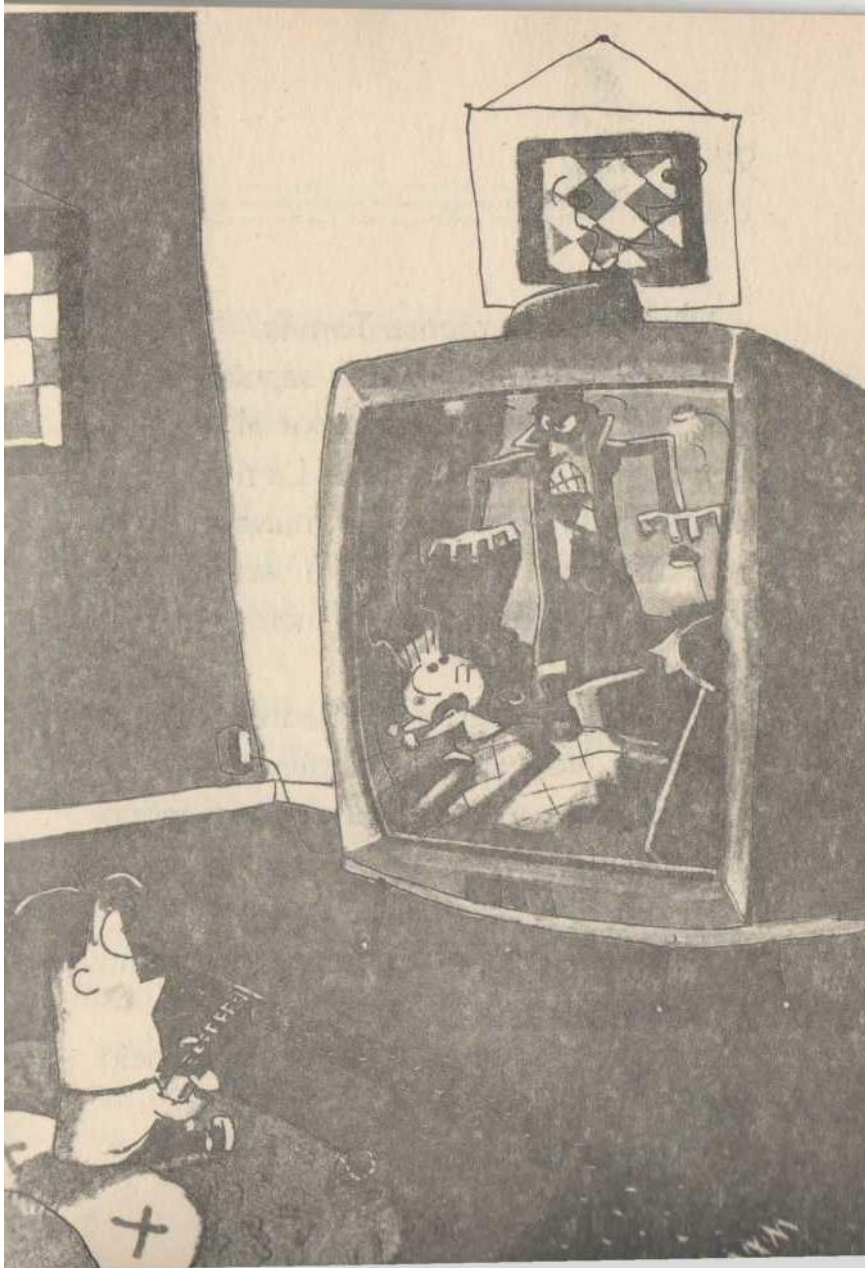
Tomás se sienta delante del televisor y va apretando, aburrido, uno tras otro los



botones del mando a distancia. Primero mira un concurso durante un rato, después, un documental sobre animales y, por último, una historia de aventuras. Una niña corre por una calle perseguida por un hombre de aspecto de malvado. Entra en un portal y se queda quieta y jadeando.

Ahora Tomás consigue verle bien la cara. Nunca antes había visto unos ojos azules tan bonitos.

El malvado entra precipitadamente en el portal y agarra a la niña. Tomás contempla la pantalla conteniendo la respiración. Menos mal que llega alguien. A Tomás le parece que es un hombre simpático. Seguro que es un salvador o algo así.



-*

«Ese soy yo», piensa Tomás.

El malvado empieza en seguida a pelear con él. Van rodando por el portal y se dan enormes guantazos. La niña huye despavorida. Entonces, el malvado le da un puñetazo al salvador en la barriga. Este se encoge de dolor y cae al suelo, y el malvado se va.

—¡Tomás! —grita su madre desde la cocina—. Ve a ponerte el pijama.

—Sí, pero mami..., es que aún tengo que salvar a una niña.

—¿Qué?

—Es que es súper emocionante, mami.

—Venga ya, Tomás... Ahora no. Tomás lo entiende y sube en silencio al piso de arriba.

Cuando ya se ha metido en la cama,

su madre viene a darle un beso de buenas noches.

—¿Ahora vais a hablar? —le pregunta a su madre.

—Creo que sí. Es necesario.

—¿Me dejas que lea un rato?

—Sí, pero sólo un ratito. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mami. Dale a papi un beso de mi parte.

Su madre sonrío.

—Así lo haré.

Tomás coge su libro, pero no consigue concentrarse en la lectura. Todo el rato piensa en la niña de la televisión. ¿Qué le estará pasando? Claro que él ya sabe que no es más que una película, pero le pareció que tenía unos ojos tan bonitos...



3

Más bonitos que los de Evelin o que los de Susana o que los de su madre.

Cierra el libro y aprieta al osito contra su pecho.

Abajo oye que sus padres hablan muy fuerte. Vuelven a pelearse.

Tomás esconde la cabeza debajo de la almohada. No quiere oírlos con su pelea tonta.

Ahora sólo quiere estar *namorctdo*.

Tomás se queda dormido así y sueña con todas las niñas y todas las madres y todos los ositos de los que está enamorado.'

9

Las hueveras

A la mañana siguiente, el jersey nuevo está listo sobre su silla.

Tomás se lo pone y se siente fatal.

Cuando llega al piso de abajo, sus padres ya están desayunando. Por lo menos vuelven a estar amables el uno con el otro.

A Tomás le parece que incluso están exagerando un poco.

—Cariño, ¿me pasas la mermelada?

—Por supuesto, tesoro.

¿Es que las personas mayores no pue-

den comportarse nunca normalmente?
Primero montan una enorme pelea y luego se hacen la pelotilla.

Mamá incluso acompaña a su padre hasta la puerta para decirle adiós.

Tomás se queda en el salón comiéndose un huevo pasado por agua. ¿Y si se embadurnara el jersey? ¿O si cogiera una huevera para Susana?

Se zampa el huevo a toda prisa y se mete la huevera en el bolsillo.

Sale al pasillo, se pone el abrigo y coge su mochila.

—¿Qué te parece ahora tu jersey nuevo?

—pregunta su madre.

—Que es feo.

—¡Qué va! Ya verás cómo les gustará a los niños de la escuela.

Le da un beso a su madre y sale a la calle.

Justo cuando iba a cerrar la puerta, mamá le pregunta:

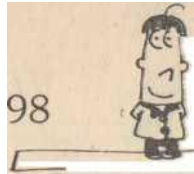
—¿Qué es ese bulto tan raro que tienes en el bolsillo de tu pantalón?

—Oooh..., ¿estoooo?... Una piedra. Se la había prometido a Erik, para su colección.

Rápidamente cierra la puerta y sale corriendo a la calle.

«Tendría que haber robado todas las hueveras, para que aprendieran», piensa. Sus padres no saben hacer otra cosa más que pelarse y hacerse la pelotilla, y comprarle ropa horrorosa.

Poco antes de llegar a la escuela se encuentra con Susana. Está sola.



Solemnemente, le entrega la huevera.

—Aquí tienes, es para ti.

Susana está radiante de alegría y admira la huevera dándole vueltas por todos lados.

De repente, Wendy se planta a su lado.

—¿Qué es esto?

—¿Es que no habías visto una huevera antes? —le ladra Tomás.

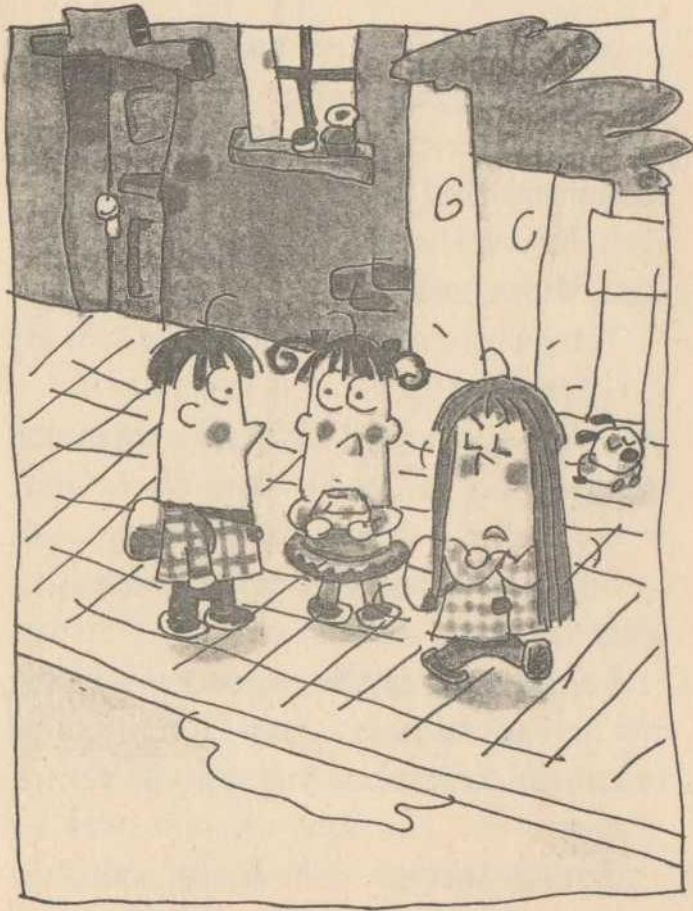
—¿Cómo sabes tú que Susana colecciona hueveras?

—Ayer por la tarde estuve en su cuarto. Toda la tarde.

—¿Qué?

—Qué lástima que no estuvieras presente, ¿no?

Wendy se da la vuelta y se aleja enfadada.



•>

△

Se detiene un poco más lejos y grita:

—Susana, ¿vienes?

Susana mira al suelo con la cara colorada y susurra:

—Tomás, no deberías haberle dicho eso.

Ahora está enfadada conmigo.

Tomás se encoge de hombros.

—Da igual.

—No, no da igual. Wendy es mi mejor amiga.

—¿Vienes o no? —chilla Wendy.

Susana le devuelve la huevera y se aleja.

Tomás se la queda mirando, atónito, con la huevera en la mano. La huevera se le resbala de la mano y se estrella contra el suelo.

Tomás se deja caer lentamente de

rodillas y recoge los pedazos.

—A lo mejor puedo pegarlos —murmura, intentando juntar los trozos.

Al cabo de un rato lo deja correr. Se mete los pedazos en la mochila y se dirige desanimado a la escuela, arrastrando los pies.

Cuando está sentado en el círculo, no oye nada. Tiene la mirada perdida. Es como si de pronto todo el mundo estuviera enfadado con él.

Tomás no se da cuenta de que Wendy está muy ocupada cuchicheando con otros niños. Sólo después de un rato se percata de que Erik le está dando codazos.

—Llevas un jersey de niña —le susurra éste, riéndose bajito.

Ahora toda la clase lo está mirando.

Evelin también se da cuenta y les pregunta qué es lo que pasa.

—¡Tomás lleva un jersey de niña, señorita! —chilla Wendy.

Tomás se la queda mirando indignado. Entonces, estalla.

Se levanta de un salto, se abalanza sobre Wendy y le da un puñetazo en la barriga.

—¡Aaarg! —aúlla Wendy y casi se derrumba.

—¡Embustera! —grita Tomás—. Tú misma escogiste este jersey. ¡Qué canalada!

Tomás siente que lo agarran por los hombros. Es Evelin, que intenta separarlo de Wendy. El golpea violentamente a diestro y siniestro, pero Evelin es mucho

más fuerte y lo empuja hasta su sitio.

Se deja caer sollozando en su silla.

Evelin le coge la cara con ambas manos y lo mira con sus dulces ojos.

—Tranquilo —le dice bajito—, todo se arreglará.

De pronto se le ha pasado el enfado. Se seca las lágrimas y dice:

—Sí, señorita.

Evelin le acaricia la mejilla y vuelve a sentarse en su sitio.

Tomás oye sólo a medias lo que les dice a continuación. Está contando algo sobre la ropa. Que cada cual debe decidir por sí solo lo que se pone. Que le parece ridículo fastidiar a alguien por eso.

A Tomás le dice:

—A mí me gusta mucho tu jersey.

Tomás asiente y no aparta los ojos de ella.

Qué buena es. Y ya no le importa nada en absoluto que tenga al Ben ese. Un día se dará cuenta de que no es más que un pesado. Claro que también llorará, porque todo habrá terminado entre Ben y ella. Pero entonces Tomás le cogerá la cara entre sus manos y le dirá:

—Tranquila, todo se arreglará.

10 Castigado

Cuando llega a casa, su madre empieza en seguida a preguntarle por la huevera.

Tomás saca los pedazos de su mochila y los deposita sobre la mesa. Intenta explicárselo, pero mamá no entiende nada.

—¿Cómo has podido hacer algo así?
—se queja—. Son hueveras antiguas. Fueron de la abuela. ¿Por qué no me lo pediste primero?

—Hubieras dicho que no.

—En efecto. Son demasiado valiosas para dárselas así, sin más ni más, a una de tus amiguitas.

—Susana ya no es mi amiga. Wendy ha metido cizaña.

Su madre sacude la cabeza y dice:

—Ahora resulta que Wendy tampoco te gusta. Pues ayer en el centro me pareció muy amable. Y además, me ayudó a elegir el jersey.

—Es una embustera.

Su madre se enfada mucho.

—Ya basta, Tomás, para de una vez.

—Y vosotros tenéis que dejar de pelearos.

—Pero si ahora ya no nos peleamos.

—Sí que os peleáis. ¡Un día os hacéis la pelotilla y al siguiente os gritáis! Sois

los padres más tontos de todo el mundo.

—¡¡¡Tomás!!!

—¡Malos, más que malos!

—Hasta ahí podíamos llegar. ¡A tu cuarto y a la cama sin cenar, puñetas!

Tomás sube corriendo y se deja caer llorando sobre la cama.

Ya nada le importa. Nunca más saldrá de su habitación. Dejará toda la comida, hasta morir de hambre. Y entonces ya verás cómo llorarán junto a su tumba. Cómo se arrepentirán, pero ya será demasiado tarde.

Oye que su padre llega a casa. Seguro que sube para echarle una bronca. Pero no sucede nada.

Cuando son casi las seis, Tomás vuelve a enfadarse.

Qué malvados, mira que dejar que un niño se muera de hambre. No sólo son los padres más tontos del mundo, sino también los más malvados.

Se queda dormido entre sollozos, mientras mantiene a su osito en brazos.

Se despierta cuando alguien le acaricia la mejilla.

Es mamá.

—Tomás, ¿sigues enfadado?

La rodea con los brazos.

—Pero, ¿qué te pasa ahora, tontorrón? Dime lo que te preocupa.

Se lo cuenta todo.

Lo de Susana, que prefirió irse con Wendy; y lo del jersey.

A mamá también le parece una canallada por parte de Wendy. Pero com-

prende a Susana. Piensa que a Susana le resultó muy difícil elegir entre él y su mejor amiga.

—¿Sabes, Tomás? Creo que tú también le caes muy bien, pero que no está realmente enamorada de ti. No tanto como tú de ella.

Tomás asiente y dice:

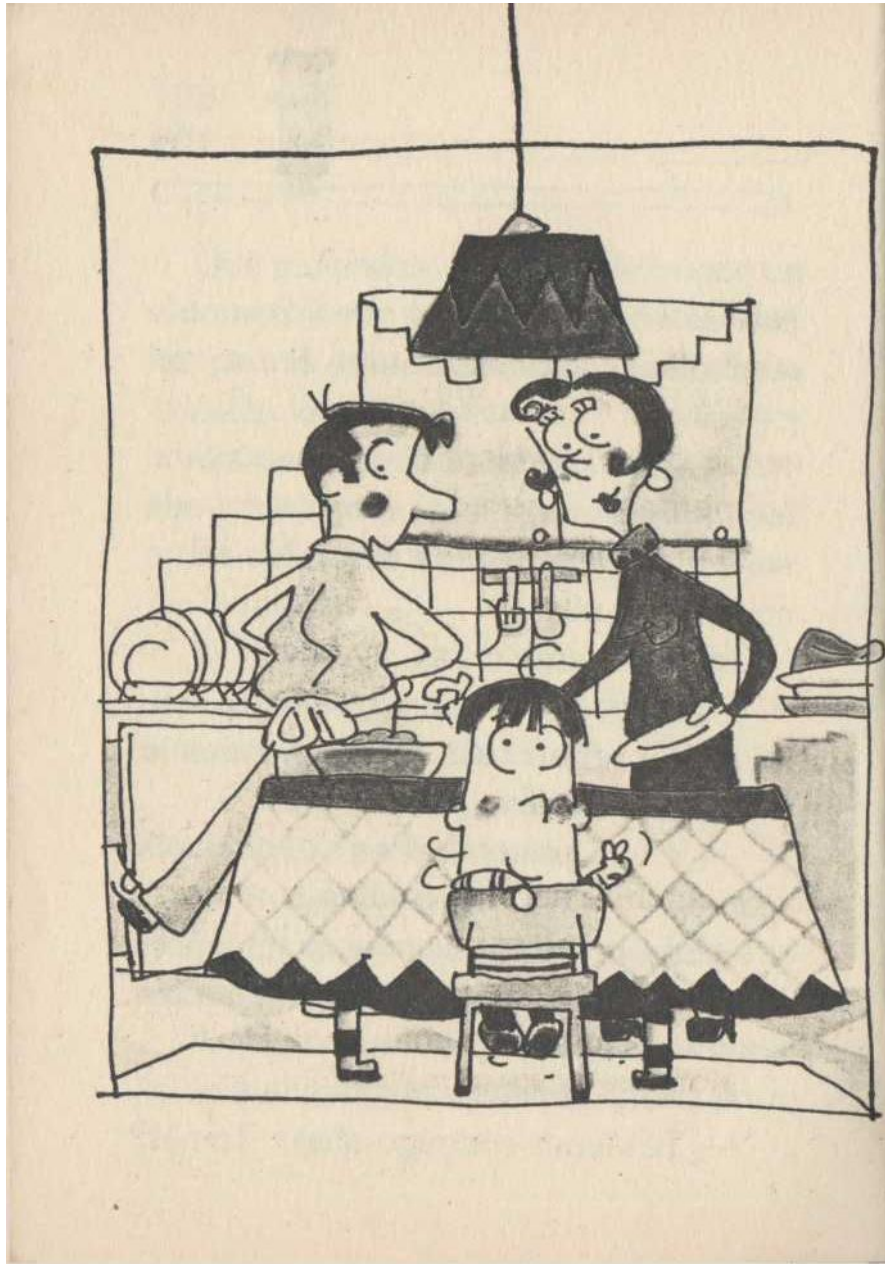
—¿Sabes quién fue muy buena conmigo? La *seño* Evelin. Ya vuelvo a estar *namorado* de ella.

—¿Y qué pasa con Ben? —pregunta mamá.

—Esperaré hasta ser mayor. Entonces Ben ya se habrá esfumado y me casaré con Evelin.

A mamá le parece una buena idea.

—¿Te vienes conmigo abajo, Tomás?



Nosotros ya hemos cenado, pero te he guardado algo de comida.

Juntos bajan por la escalera.

Cuando Tomás se sienta a la mesa, papá le saluda con la mano desde la cocina.

Está fregando los platos.